

Lo demás de esta Fábula ó conseja,
A tu prudente discrecion se deja,
¡Oh mi Leyente amado!
Mi cuento se ha acabado:
Vé de añadirle tú la moraleja.

FIN DEL LIBRO QUINTO.



LIBRO SEXTO.

FABULA CXXXVI.

EL FUEGO Y EL AGUA.

Puesto al fuego cierto dia
Con Agua un Puchero estaba
Muy caliente;
Y al calor que recibia,
El Agua se evaporaba
Lentamente.

El Fuego, como enemigo
Que es del Agua, estaba loco
De contento,

Al verla allí, como digo,
Irse en vapor poco á poco
Por el viento.

— «¿Con que eres tú, le decia,
La que á apagarme se lanza
Tantas veces?
Pues ahora llegó ya el dia
De tomar de tí venganza,
Y con creces.

Hoy pagarás las injurias
Que me ha causado prolija
Tu ira fiera,
Pues no temo ya tus furias,
Viéndote en esa vasija
Prisionera.» —

Dijo, y siguió con gran calma
Dándole calor ligero
Lentamente;
Y al Agua se le iba el alma
Por la boca del Puchero
Tristemente.

Si el Fuego así, poco bravo,
En su prudente tardanza

Prosiguiera,
No dudo que al fin y al cabo
Su apetecida venganza
Consiguiera.

Por desgracia, parecióle
Que debia estar su fragua
Más caliente;
Y un soplo al Cierzo pidióle,
Y empezó á bullir el Agua
Prontamente.

Alegre al oír sus sonos,
Redobló su llama ciego
Como él solo;
Mas saltando á borbotones,
Cayó el Agua sobre el Fuego,
Y apagólo.

— «¿Vés, ella le dijo, el luto
En que se halla tu esperanza
Convertida?
Pues siempre dará igual fruto
La pasión de la Venganza
Maldecida.

*Malísima consejera
Vino la ira á cegarte,
Fuego y todo:
Mejor perdonarme fuera,
Que no dañarme y dañarte
De ese modo.»*

FABULA CXXVII.

EL CUERNO Y JÚPITER.

A MI QUERIDO AMIGO

el distinguido literato

DON JOAQUIN JOSE CERVINO.

Diz que una vez á Júpiter el Cuerno
Se quejó amargamente,
Llanto vertiendo tal..... que ciertamente,
Siendo él tan duro, no sería tierno.

—«Una gracia, Señor, vengo á pedirte,
Añaden que le dijo, y no te asombre
Lo que voy á decirte;
Pero voy á morir..... no hay que reírte,
Si no tienes á bien mudarme el nombre.
¡Es tan feo el que tengo! ¡Es tan cargante
El retintin eterno
Con que, en vez de decir el vulgo loco
Esto no vale nada ó vale poco,
Repíte sin cesar: *no vale un Cuerno!*»

—«Broma es esa en verdad pesada y fea,
Júpiter contestó: ¿pero qué nombre

Quiéres que yo te dé, si al fin el hombre
No ha de formar de tí mejor idea?»

— «Habla siempre tu labio,
Replica el Cuerno, como siempre sábio;
Mas yo sé la razon de mi embolismo:
¿Qué te cuesta mandar, y eso me basta,
Que en vez de *Cuerno*, me apelliden *Asta*,
Lo cual suena mejor, aunque es lo mismo?»

— «Concedido! contesta el Dios clemente;
Pero sea ese nombre solamente
Para usarlo en tu pró quien hable culto,
O al ropage se atenga más que al bulto,
Puesto que en lo demás, mi fallo eterno
Es, ha sido y será, que eternamente,
Aunque te llamen *Asta*, seas *Cuerno*.» —

*Cosa análoga yo, caro CERVIÑO,
A sentenciar me inclino,
Si veo un Zapatero encopetado
Intitularse Artista de calzado,
O un Tabernero Comerciante en vino:
¿Pero porqué moteja mi malicia
Al Zapatero ya, ni al Tabernero,
Cuando se llama Artista aun el Torero,
Y el Verdugo Oficial de la Justicia?*

FABULA CXXVIII.

EL SULTAN:

idea tomada de una anecdota anónima.

A MI DISTINGUIDO PAISANO

el erudito y digno sacerdote

DON NICOLÁS SANCHO.

Quiso comer un dia
Cierto Sultan faisanes,
Y comerlos no pudo
Por no encontrarlos nadie.

— «Ay! dijo entristecido:
Bastaba á mi gazzate
Tener hoy ese gusto
Para sin él quedarme!

¿Cómo ha de ser Dios bueno
El que así se complace
En excitar deseos
Condenados á aguarse?» —

Dichas estas palabras,
Entra un Esclavo, y trae
Un gran plato en que vienen
Las anheladas aves.

El Sultan que del Cielo
Blasfemaba poco antes,
Exclama: «¡ay qué delicia!
Comamos: DIOS ES GRANDE!»—

*Así con voz impia
Suele del Cielo hablarse,
Segun nuestro capricho
Se frustra ó satisface.*

Dios entretanto arriba
*Eterno, inalterable,
En todo tiempo es justo,
En todo tiempo es grande.*

FABULA CXXIX.

LOS BAÑOS

Enfermo y cabizbajo tenía Doña Tecla
Un Niño á quien amaba con delirante afan,
Y al verle tan malito, llamó para curarle
A dos insígenes Médicos: Don Lesmes y Don Juan.

Don Lesmes fué el primero que á la llamada vino,
Y baños y más baños al Niño recetó;
Y luego llegó el otro, y examinó al paciente,
Y baños y más baños tambien le propinó.

Dictámen tan acorde creyólo buen presagio
La Madre, que hizo un cubo con agua preparar;
Mas le ocurrió una duda, pues ellos no dijeron
Si fria ó si caliente debía el agua estar.

Preciso fué en el acto salir de tal apuro,
Y al Médico Don Lesmes segunda vez llamó;
Y vino y dijo: «el agua la debe tener fria,
Lo que se llama fria!, ó le matais sinó.»

— «Matarle? Cielo santo! exclama entonces ella:
No, no! yo quiero en todo la Ciencia respetar.»—

Y fuese el buen Don Lesmes, y la cuitada Madre
Agua del pozo fria mandó luego sacar.

En esto, cuando al Niño desnudo ya tenía,
Hete que el otro Médico volvió á todo correr,
Diciendo: «¡Ay mi Señora! ¿pués no se me olvidaba
Deciros que los baños calientes han de ser?»

—«Cómo calientes?»—«Vaya!»—«Pero Señor... ¡si ahora
Acaban de decirme que el agua debe estar....»

—«¿Fria, quereis decirme? ¡Por Dios, Señora mia!
¿Quereis matar al Niño? ¿queréisle asesinar?»

—«Pues esta si que es tecla, exclama Doña Tecla,
Y tal que no me suena lo que se llama bien!
¿Con que si el baño es frio, le mato sin remedio,
Y si es caliente el baño, se va á morir tambien?»

Entonces, Señor mio, dejadme sin tardanza,
Que Dios sabrá mi cuita compadecer al fin,
Y ya no quiero baños, ni frios ni calientes,
Ni ha de probar el agua mi pobre Chiquitin.»—

Dijo, y cojiendo al Niño, metióle en su camita,
Y allí cuidóle mucho, y el pecho allí le dió;
Y el Coronista añade que al cabo de tres dias,
Sin Médicos ni baños, curado al fin le vió.

FABULA CXXX.

EL TORDO PARLANCHIN.

A MI ANTIGUO GEFÉ, MAESTRO Y AMIGO

el Excmo. Señor

DON JOSÉ MARIA FERNANDEZ DE LA HOZ.

*Quando á tu lado yo, diez años hace,
Sometido á tus órdenes, vestía
La de austero Fiscal toga sombría,
Pude una noche, y excepcion fué grata,
Respirar un instante,
Quitándome procesos de delante,
Dado ya punto á mi tarea ingrata.
Empezó entonces á ocupar mi mente
El espantoso abuso
En que degeneraba entre nosotros
De la fácil palabra el fácil uso,
Sobre todo en la Corte de Castilla,
Y exclamé: «ya el exceso es reprehensible,
Y no se ha de escapar, si me es posible,
Sin su correspondiente Fabulilla.»
Y dicho y hecho: con presteza suma*

Tomé, LA Hoz, la pluma,
Pluma por cierto de perfil muy gordo
(Como que era la misma que de día
Para extractar procesos me servía);
Y en diez minutos escribí mi TORDO.

Y ahora digo yo: pues se halla escrito,
¿A quién dedicaré mi Apologuito
Sino á tí, buen LA Hoz, que de facundia
Y de elocuencia natural dotado,
Nunca como Fiscal ó Diputado,
Ni de Ministro en el brillante asiento,
En tu instinto sagaz y gran talento,
De tu fácil palabra has abusado?
Oyelo, pues, y escucha al tiempo mismo
La malhadada causa
De tanto y tanto perorar sin pausa;
Mas cuenta con caer en otro abismo:
YO QUIERO DISCUSION, Y Á PUERTA ABIERTA;
¿Pero no puede abrirsele la puerta
Sin tan horrendo atroz charlatanismo?

Si mal no recuerdo ahora,
Tenía cierta Señora
Un Tordo tan hablador,
Que con perdon del Lector,
Y con perdon de la bella,

Hablaba mucho más que ella,
Y eso que no era Letrado,
Ni siquiera Diputado;
Pero en fin, era avechucho
Que charlaba mucho, mucho,
Bien que él propio no entendía
Ni aun lo mismo que decía.

Lo más extraño del cuento
Es que hablador tan sin tiento
Solo hablaba á condicion
De ponerle en el balcon,
Pues no estando allí la jaula,
Callaba y se hacia el maula,
Sin que su Dueña lograrse,
Por mucho que se empeñase,
Oír de él un solo acento
En ningun departamento
De los muchos que tenía,
Desde que en él le metía.

Deseosa de apurar

La causa de tal azar,
Fué un día el Ama al balcon
Cuando con más decision
Estaba el Tordo charlando;
Y hacía la calle mirando,

Vió una multitud de gente
Que de la acerca de enfrente
Llegaba á su misma puerta:
Gente con la boca abierta
Que estaba al Pájaro oyendo,
Su eterna charla aplaudiendo
Con entusiasmo el más loco;
Y eso que nadie tampoco
Ni una palabra entendia
De lo que el Tordo decia,
A no ser que alguno crea
Que la palabra es idea,
Aun proferida al tun tun...
(Cosa bastante comun
En habladores sin tiento):
Pero volvamos al cuento.

El Ama que aquello vió,
Cojió la jaula, y la entró
Con el Pájaro en la Sala;
Y él, de mudo haciendo gala,
Volvió, no sin pesadumbre,
Al silencio de costumbre:
Mas hete aquí que su Dueña
En que lo rompa se empeña,
Haciendo inmediatamente
Subir arriba la gente

Que abajo habia quedado.
El Pájaro entusiasmado
Vé la gente que se cuele,
Y charla que se las pela,
Poniéndose ronco y todo
Al verse aplaudir de un modo
Cual nunca lo habia sido:
A poco, como al descuido,
Hace á la gente una seña
La ya susodicha Dueña;
Y viendo á aquella marchar,
Vuelve el Pájaro á callar
Al quedar la estancia sola.

El Ama dice: » hola , hola!
Esta maldita alimaña
Se le parece en lo extraña
A mi muy querido Esposo,
Hablador el más furioso
Del Congreso en el salon,
Cuando en pública sesion
Tiene arriba gente mucha
Que sus palabras escucha,
Y hombre que nunca habla nada
Ni aun en la más empeñada
Interesante cuestion,
Cuando desde el tal salon

Tendiendo miradas yertas,
Vé las Tribunas desiertas.
¿Qué mucho, pues, que ese Tordo
A mi ruego se haga el sordo
En lo tocante á charlar,
Cuando le encierro en lugar
Donde le falta la gente
Que hace á mi Esposo elocuente?
Volvámosle á su balcon,
Ya que así los tiempos son;
Y á un amigo que yo sé
Este caso le diré,
Para que con prez y gloria
Consigne el hecho en la historia.» —

Yo que esto oí, dije: *no!*
Historias no escribo yo,
Sino hipotéticos casos
Para enderezar los pasos
De gente que va extraviada,
Sin aludir nunca en nada
Al sujeto mas remoto.
Venga el hecho: yo lo acoto;
Mas conste á la Heróica Villa
Que á nadie quiero aludir,
Sino tan solo escribir
Una mera Fabulilla.

FABULA CXXXI.

EL CANDIL.

Querido amigo Fabio:
Si por ventura hallares algun Sábio
Que vano y ostentoso sin segundo
Alarde vaya haciendo por el mundo
De su grande sabér y su talento,
Refiérele este cuento.—

Cierto Candil un dia.....
Digo mal, una noche, ardiendo estaba
De una Cocina en la mansion umbrosa,
Y admirando su luz esplendorosa,
De este modo exclamó: « ¡Por vida mia,
Que otro mueble cual yo, de ningun modo
Lo hay en el mundo todo!
¿Quién conmigo compite
En alumbrar al hombre iluso y ciego,
Y en evitarle, si mi luz le entrego,
Que en la senda del mal se precipite?
A mí se debe, y solo á mí, que vea
De su estancia peor en lo más hondo

Quando afloja tal vez todos sus gonces,
Pudiéndose de mí decir entonces
Que alumbre allí de su conciencia el fondo.
¿En dónde hay gloria cual la gloria mía?
Yo al hombre auxilio en su mayor apuro,
Y en su rincón más hondo y más oscuro,
Émulo del gran Sol, le traigo el día.»

De este modo decía exactamente
El bueno del Candil, vano sin tasa,
Quando el Amo de casa
Que le oía impaciente,
Viendo acabado su charlar prolijo,
«¡Pobre Candil! le dijo:
Si es verdad que tu llama es placentera,
No para mí, que tengo al fin bujía,
Y aun gas para alumbrar la casa entera,
Sino para el Criado y Cocinera,
A los cuales podrás en todo caso
Evitar por ventura algún fracaso
Con tu luz mortecina,
¿No lo debes á mí, que con deleite
Te doy torcida, y además aceite,
Por no gastar esperma en la Cocina?
Podrás en lo que dices ser exacto;
Pero si es esa luz lo que te engríe,

Con un soplo no más que yo te envíe,
¿No puedo yo quitártela en el acto?»

El Amo, dicho aquesto,
Dió con airado gesto
Un soplo no muy fuerte,
Pues para luz tan pobre era excusado,
Y el mísero Candil quedó apagado,
Sufriendo oscura y merecida muerte.—

*No te engrias jamás con tu talento,
Pues aunque raye en singular portento,
No sin razon arguyo
Que lo debes á Dios, y que no es tuyo.
Yo al menos, desde el día
En que ese lance oí, pienso y medito
En el que el Génio y el Sabér envía;
Y para no incurrir en adelante
En la nota de altivo ó de pedante,
No cesan nunca de exclamar mis lábios:
«OTROS TANTOS CANDILES SON LOS SABIOS.»*

FABULA CXXXII.

EL ÁGUILA Y LOS LAGARTOS:

*idea tomada de una de las Máximas publicadas por
el seudónimo Moralinto.*

A un alto Monte voló
Un Águila, y puesta allí,
Dijo: «¿quién sube hasta aquí,
Sino solamente yo?» —
Mas luego á un Lagarto vió
Con otros Lagartos viles
Tregar á la cumbre á miles,
Y «ay! exclamó: ¿qué hacen estos?
¿Conque á los más altos puestos
Suben tambien los Reptiles?»

FABULA CXXXIII.

EL ANDALUZ EN PEKIN.

Por quererse lucir hablando en chino,
Cuando apenas sabía hablar romance,
Ocurrióle en Pekin cierto percance
Al andaluz Paulino;
Y le estuvo muy bien.—Oid el lance.—

Dos Chinas, ambas Madres y ambas bellas,
Divertian sus cuitas y querellas
Cada cual con su Niño,
A quien mostraban singular cariño.
Viólas el Andaluz, y vió con ellas
A los Maridos de ambas; y creyendo,
Por lo que estaba viendo,
Que eran todos *Compadres* y *Comadres*
Como se entienden allá en Andalucía,
Quisoles indicar con un saludo
Que comprendía el amistoso nudo
Que enlazaba á los cuatro, y no sabía.
Entonces dijo para sí: «¡qué diablo!
¿No es *Compadre* y *Co padre* un nombre mismo?
Pues sin más embolismo,

Digo *Co* lo primero, y luego hablo:
Y pués ellos son Chinos y ellas Chinas,
En lugar de *Co* padres y *Co*-madres,
Los llamaré *Co*-chinos y *Co*-chinas.»

Y dicho y hecho: el Andaluz liviano
Saludólos así, sin mas cumplidos;
Pero uno de los Chinos aludidos
Que entendia muy bien el castellano
(Habia sido Cónsul en Jadraque),
Dijo: «¿así nos saluda el badulaque?
Pues por Dios que me gusta la llaneza! —
Y sin gastar más tiempo ni razones,
Le rompió de un trancazo la cabeza.

— «Ay! dijo el Andaluz, al verse herido:
¿Quién diablos me ha metido
A encolar con mi *Co* distintas hablas,
Cual Carpintero encolador de tablas?» —

Y yo digo á mi vez: «¿y quien le mete
Al que el francés en castellano copia,
Hilos á introducir de lengua agena
En el telar y urdimbre de la propia?
Tanto atrevido Traductor pelmazo,
¿No merece tambien un buen trancazo?»

FABULA CXXXIV.

LA GUERRA DE LAS GERINGAS.

A MI ANTIGUO BIENHECHOR Y AMIGO,

el Exemo. Señor

DON PASCUAL MADOZ.

*Cansado un día de bullir travieso,
Renuncié Progresista á ser llamado;
Pero tú sabes bien, MADOZ amado,
Que no por ende renuncié al Progreso.*

*Desde entonces acá, te lo confieso,
Todos, nefas ó fás, me han geringado,
Llamándome los unos Moderado,
Y los otros no sé si hasta Camueso.*

*Yo quise solamente al triste potro
De los Partidos exadirme en casa;
Pero engañóme mi pensar liviano:*